

Reseña del libro: *Patrimonio arqueológico aborigen de Matanzas*, de Silvia Hernández Godoy

Odlanyer HERNÁNDEZ DE LARA
Cuba Arqueológica (Cuba)
odlanyer@cubaarqueologica.org

Ediciones Matanzas nos acerca una nueva obra de la destacada investigadora y yumurina Silvia Hernández Godoy, historiadora de formación, que publica su cuarto libro. En 157 páginas, la autora trata una temática poco frecuente en la literatura cubana como es el patrimonio arqueológico, lo que implica un paso importante para que el tema entre en agenda y comience a ser considerado con mayor profundidad. Producto de un proyecto de investigación, la obra trata la protección jurídica del patrimonio al considerar la legislación nacional, describe los trabajos arqueológicos realizados en el actual territorio de la provincia y expone el grado de conservación en el que se encuentra el patrimonio aborigen, a la vez que toca algunas problemáticas de su manejo y protección. Para esto, fue necesario un largo y esforzado trabajo bibliográfico, en las diversas publicaciones municipales, provinciales y nacionales, para localizar las referencias dispersas de los reportes y hallazgos arqueológicos. Pero también fue imprescindible la visita a muchos de los sitios arqueológicos reportados para evaluar su estado de conservación, con las limitaciones económicas conocidas, lo que constituye uno de los problemas medulares de la gestión patrimonial.

Sus *palabras iniciales* abogan por un desarrollo de los estudios sobre el patrimonio arqueológico “para trazar políticas de protección, divulgación e investigación”, que se reviertan en provecho de las comunidades contemporáneas. Adelanta los impactos que han influido en la conservación patrimonial, donde la agricultura, la construcción, el turismo y las obras de defensa consti-

tuyen los principales agentes antrópicos, que van de la mano de los agentes naturales, como huracanes y ciclones. No obstante, la autora hace hincapié en el desconocimiento del bien patrimonial y de su significado, que consideramos una de las principales causas de deterioro.

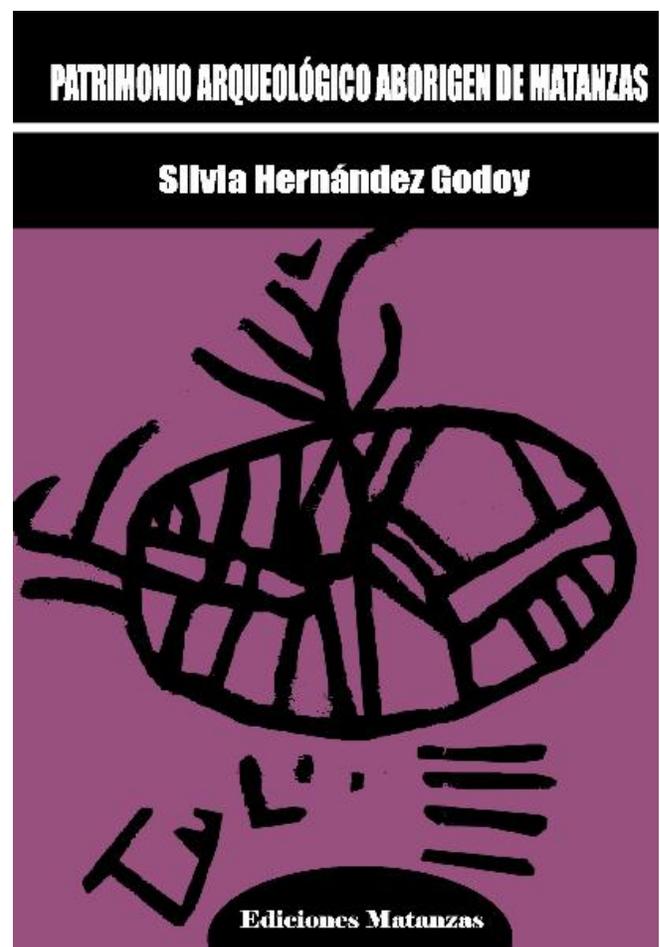


FIG. 1. Portada del libro de Silvia Hernández Godoy, publicado por Ediciones Matanzas

Hernández Godoy nos recuerda que uno de los aspectos que dificulta la comprensión del patrimonio arqueológico matancero, es precisamente la “inexistencia de un libro o banco de datos” que tenga en cuenta diversas variables que pueden aportar a la investigación sobre la región. Es preciso aclarar que su labor estuvo acompañada precisamente de una base de datos digitalizada, donde se ocupó de registrar toda la información que consultó sobre los sitios arqueológicos de la provincia. Esa, tal vez, es la gran ausente de esta obra, que pudo haber estado acompañada de un soporte digital que permitiera el acceso abierto a toda, o una parte, de la base de datos, aunque este es un recurso con costos difíciles de afrontar.

La demanda de acciones urgentes para la conservación y protección del patrimonio arqueológico es una de las cuestiones que atraviesan el libro, a la vez que se va plasmando el deterioro en el que se encuentran la mayoría de los asentamientos conocidos, que a su vez carecen, en casi todos los casos, de investigaciones. En este sentido, la obra no sólo muestra el estado general en el que se encuentra el patrimonio yumurino, sino que crea una base desde donde se puedan trazar estrategias de manejo de los recursos culturales, así como futuros proyectos de investigación.

En el primer capítulo aborda la conceptualización del patrimonio arqueológico y su protección jurídica en Cuba, hace una presentación de las leyes y decretos específicos de la temática patrimonial, establecidos en la década del setenta y el ochenta, y que continúan en vigencia. A la vez, se remonta a los primeros indicios proteccionistas de principios del siglo XX y la labor realizada por la entonces Comisión Nacional de Arqueología para proteger los recursos arqueológicos nacionales y evitar su salida del país -al menos de las piezas únicas, pues las “repetidas” sí podían salir-, a propósito de las continuas expediciones de investigadores estadounidenses en el territorio que sirvieron para engrosar los fondos de los museos de ese país con las piezas antillanas. A esto se le suma la mención al Reglamento para las Investigaciones Arqueológicas, confeccionado por la Subcomisión de Arqueología de la Comisión Nacional de Monumentos y aprobado en 2008, así como la Lista de Profesionales y un código de contravenciones en proceso de elaboración, con

lo cual la autora plantea que “...el marco jurídico legal de protección del patrimonio arqueológico en el país queda completamente establecido”. No obstante, no aparece ningún cuestionamiento a la antigüedad de la legislación y la necesidad de su puesta al día.

En este mismo apartado se discute escuetamente -pues no constituye el objetivo del libro- la visión patrimonial de lo que es un sitio arqueológico, contrastándola con una de las posibles perspectivas teóricas de su significación para la ciencia arqueológica. Además, se aborda también una de las posibles definiciones de contexto arqueológico para llegar a un concepto de patrimonio arqueológico que guíe el trabajo realizado.

Otro aspecto interesante de este capítulo se relaciona con la conservación y el turismo, para lo que la autora propone “valorizar el yacimiento arqueológico al tiempo que divulgamos su conocimiento, con su gestión y manejo como recurso sustentable económicamente”. Esto sería posible a través de un turismo que garantice su conservación e investigación, a la vez que mejore las condiciones de vida de la comunidad, que “juega un rol preponderante”. Este último punto es fundamental en las concepciones actuales que abogan por un co-manejo de los recursos culturales, donde la comunidad no sólo participe activamente en las políticas de uso de los sitios, sino además en las decisiones a tomar.

El segundo capítulo, de mayor extensión, describe los hallazgos arqueológicos en el actual territorio de la provincia, así como a sus protagonistas, comenzando con una caracterización geográfica que por momentos articula con una visión histórica de los condicionamientos económicos que modificaron el paisaje. Luego, cada uno de los municipios está descrito con mayor o menor énfasis, considerando la cuantía de las investigaciones, donde se observa la recopilación bibliográfica mencionada con anterioridad y que constituye sin dudas una tarea meritoria para el territorio. En el caso de los municipios de Matanzas y Ciénaga de Zapata, la autora contó con la colaboración de Logel Lorenzo y Julio Amorín en la ardua recopilación de información. A esto lo acompaña el inventario pormenorizado de los sitios arqueológicos reportados en cada municipio, así como su localización topográfica, aunque

el tamaño de las imágenes y la calidad de impresión dificultan su adecuada apreciación.

Del monto informativo se desprenden consideraciones históricas sobre la metodología de trabajo utilizada en los distintos momentos, siendo esta tal vez una de las principales problemáticas que se dispararon en los años ochenta y noventa con la proliferación de grupos de aficionados que ocuparon un papel activo en la exploración de la provincia, en muchas ocasiones con poca o nula formación académica en arqueología. A ello se le sumó la poca confección de informes y pedidos de permisos para los trabajos arqueológicos. Esto se manifestó además en un incremento de reportes de sitios en los que sólo se realizaban colectas de superficie y calas de prueba sin control, con casi total ausencia de proyectos de investigación a largo plazo.

La otra cara de la moneda fueron los proyectos de excavación arqueológica y estudios de materiales en sitios como Playita o Canímar Abajo, impulsados por el Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana entre la década del setenta y el ochenta, retomándose en el último caso en la última década. Otras exploraciones impulsadas por el antiguo Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba - y sus otras denominaciones- en el norte y el sur de la provincia contribuyeron al completamiento del censo arqueológico nacional y a la excavación de algunos sitios. En muchos casos, estos proyectos fueron apoyados por grupos espeleológicos locales, que jugaron un papel protagónico en la arqueología de la provincia, aunque con poca producción científica. De lo que se desprende que más del 50% de los sitios arqueológicos hayan sido reportados en cuevas.

Es interesante destacar lo que la autora señala como una etapa en que en “los estudios de arqueología cubana primó el esquema difusionista y del particularismo histórico, evidenciado en la caracterización y clasificación de los aborígenes de Cuba sobre la base, casi única, del estudio de la piedra tallada”. A ello agregaría que esto se manifiesta dentro de una corriente de pensamiento histórico-cultural, que no se limita a las décadas del setenta y ochenta, sino que se extiende hasta la actualidad en gran parte de la literatura arqueológica cubana.

Una nota al pie expresa que en 1937 “surge un nuevo pensamiento arqueológico, genuino, nacional, que se desarrollará y alcanzará su cumbre en la década del cuarenta”, lo que manifiesta la posición de la autora ante una vieja discusión sobre una escuela cubana de arqueología basada en un fructífero desarrollo hacia mediados del siglo XX. Pero, hasta el momento, no existe una investigación que fundamente este planteamiento, que por ahora sólo satisface el orgullo y sentimiento nacionalista.

Pero volviendo a los planteamientos centrales de la autora, es importante señalar lo que refiere sobre la insuficiencia de las publicaciones científicas, en contraposición a al entusiasmo por la exploración y el descubrimiento, sin una mirada académica y profesional de la información. A ello se suman las condiciones de trabajo en los museos, que distan de ser las mínimas imprescindibles para la conservación de ciertos materiales arqueológicos. Pero también podríamos agregar una ausencia en la formación sistemática de profesionales que incide directamente sobre la situación actual de la arqueología cubana. Precisamente, la carencia que plantea Hernández Godoy en torno a la definición de área arqueológica, por sólo citar un caso, da cuenta de la inopia teórica.

Así llegamos al tercer capítulo, que valora el estado de conservación, la protección y el manejo del patrimonio arqueológico matancero. Al volver sobre las leyes antes mencionadas, esta vez con una visión más crítica, plantea que “...reflejan un estado ideal de problemática, mas en la práctica se hace difícil su cumplimiento”. Al mismo tiempo retoma las cuestiones metodológicas que ve en mejoría, al pasar de un énfasis en el descubrimiento y la búsqueda de los materiales, a una exigencia en la documentación total del área a investigar y de la conservación del sitio y las evidencias. A esto se suma la cuestión ética, con una postura prescriptiva en la que profesionales y aficionados “...deben encaminarse a estudiar más y excavar menos”.

En este apartado la autora da cuenta de las categorías utilizadas para catalogar los sitios arqueológicos, siguiendo las orientaciones del Consejo Nacional de Patrimonio Cultural y el Instituto Cubano de Antropología, y de los criterios de “filiación cultural” guiado por las actividades

económicas realizadas que distingue entre cazadores-recolectores, pescadores-recolectores-cazadores, y agricultores-ceramistas. Es interesante rescatar lo que plantea respecto a que esta aproximación es esencialmente orientadora, por haberse establecido a partir de la descripción artefactual, en general descriptiva, sin técnicas de laboratorio.

En cuanto a la conservación de los sitios, siguió el criterio de integridad física, teniendo en cuenta los factores antrópicos y naturales, estableciendo un rango porcentual según el grado de afectación del lugar. Considera también los sitios totalmente destruidos y los desconocidos; estos últimos carecen de información que permitan su localización. El censo de los sitios y su nivel de conservación, el principal aporte de este libro, son la fuente imprescindible para el manejo de los recursos culturales en los proyectos de planificación y desarrollo del territorio, cuestión olvidada hasta la presente obra.

La caracterización pormenorizada de los impactos, tanto naturales como antrópicos, en el patrimonio cultural, significan una información fundamental que se desconocía por completo en la provincia y sigue tras un velo en gran parte del país, como consecuencia de la ausencia de este tipo de investigaciones; y sobre todo, del monitoreo posterior para un correcto seguimiento. Si

consideramos que el 96 % de los sitios arqueológicos están sumamente afectados, como revela este estudio, vemos la necesidad de revertir la ausencia en la provincia de un centro cuyo objeto social sea investigar el patrimonio. A ello se suma la realidad de los museos provinciales y municipales, donde hay muy buenas intenciones y empeño por mejorar, pero no poseen especialistas con conocimientos arqueológicos, lo que influye directamente en el tratamiento de la información.

Con un epílogo, Hernández Godoy cierra esta obra -acompañada de tres anexos, un glosario esclarecedor para los no entendidos en la materia y las fuentes bibliográficas- donde plasma una realidad observada durante años, pero discernida analíticamente ahora y expuesta a partir de un profundo estudio documental y de campo, que provee de un corpus informativo de extraordinario valor como base para impulsar otros proyectos de investigación, o bien para tener en cuenta al desarrollar obras de infraestructura, especialmente en regiones de sobresalen por su alto potencial arqueológico.

Hernández Godoy, Silvia T. (2012), *Patrimonio arqueológico aborigen de Matanzas*, Ediciones Matanzas, Matanzas. 157p.